

YA MURIO DON QUIJOTE

El daño más grave que podría ocurrirles a los españoles sería el de que fueran arrastrados a obrar o a pensar movidos por el miedo que, gentes de fuera, en ellos cultivan. El ambiente mundial de propaganda en que desgraciadamente ha sido sumergida nuestra vida nacional parece orientarse precisamente a desarrollar el miedo, pues tal vez por cierto atávico calvinismo, los anglosajones tienden a dividir el mundo en "buenos" y "malos", reservándose naturalmente ellos el papel angélico y asustándonos con el de predestinados a la condenación.

Pero quien estudia historia sabe bien que eso de los buenos y los malos, mientras no llega la última palabra del Juicio final, es en la realidad una cosa algo más mezclada y complicada que en las películas del Oeste. Vaya usted a saber quién era el bueno y quién el malo entre tirios y troyanos en cada trifulca de la historia. La historiografía es también un objetivo militar. Quiero decir que el vencedor suele preocuparse de tomar esa cota donde queda fijada para siglos la buena fama o la vergüenza.

Nosotros, los españoles, deberíamos saber mucho de esto, pues la verdad es que durante siglos nos ha tocado hacer el papel de malos y traidores en la gran película calvinista e ilustrada de la historia moderna. Felipe II perdió, el pobre, además de la Armada Invencible, esa cota simbólica de la historiografía, y allí han quedado (y a ratos todavía ondean) las banderas rebeldes de Antonio Pérez y Guillermo de Orange, lanzando al aire sus insultos.

A pesar de todo, los españoles seguimos siendo bastante cándidos, y así sucede, a nuestros mismísimos ojos, que la historiografía contemporánea quieren conquistarla los mismos que llevan cuatro siglos demostrando su habilidad en tal faena.

Lo menos que se puede, cuando uno no se resigna a pensar como un borrego, es tomar una actitud crítica, no pecar de incauto, y gritar que en la historia actual el papel de los buenos y el de los malos han quedado bastante embrollados, y están desde luego mucho menos en claro que cuando, por ejemplo, eran

las luchas entre la Cristiandad y la Media Luna. Si no nos sentimos un poco críticos, corremos peligro de comulgar con las ruedas de molino y la bazofia "made in U. S. A." que en un castellano "severamente dañado" nos sirve, en España, cierta agencia de noticias.

Ya que no podemos soñar con influir profundamente en la opinión mundial, permítasenos, al menos, tener una opinión propia, un juicio nacional, español, peculiar y para nuestro uso, de la historia contemporánea. Modestamente, en uno o dos puntos concretos, es lo que aspirarían a ofrecer estas líneas, analizando algunos factores de la actual situación del mundo.

Lo que diferencia sustancialmente la situación actual de la de 1919 es el hecho de que el factor eslavo gravita demasiado sobre Europa. En 1919 Rusia estaba hundida en una grave crisis, y los demócratas occidentales creyeron que era cordón sanitario suficiente la existencia de una serie de países más o menos débiles, destinados a retener como cadenas al problemático monstruo que se ocultaba detrás. Hoy la influencia de Rusia, que por las buenas o por las malas ha uncido a su carro a todos los pueblos eslavos, se ha convertido en factor determinante, por su acción, nada lenta, y también, por las reacciones que despierta. Repasar mentalmente la historia reciente de las relaciones de España con los anglosajones en función de la marcha de la amistad de occidentales con rusos, nos dispensará de entrar en detalles. Hablando como no iniciados y para los lectores más ingenuos, ¿nos atreveremos a explicar por qué los anglosajones han tenido que ser un poco más tolerantes?

Es el peso, sin contrabalanceo en Europa y sus islas, de ese colosal y disforme mundo eslavo, el que hace parecer aún más enanos frente a los problemas a los que en esta paz han tomado los papeles de los Lloyd George, Clemenceau, Wilson, de la pasada.

¿Qué hay en el fondo de ese mundo eslavo? ¿Qué adecuación existe entre el alma rusa y el comunismo? ¿Qué afinidades históricas se señalan entre eslavos y germanos en esta hora crítica?

Los eslavos entran tarde en la historia. Sólo los que penetraron más hacia el occidente, checoslovacos, polacos, croatas, recibieron el catolicismo y la cultura occidental, simbolizada en nuestro alfabeto latino. Los demás eslavos, serbios, búlgaros,

todo el colosal mundo ruso, quedaron casi en su totalidad adscritos al cristianismo oriental, en una Iglesia acéfala, dividida en grupos marcadamente nacionales. Un hecho, sin embargo, hemos de señalar: el de que las lenguas eslavas no se han diferenciado entre sí tanto como la mayoría de las lenguas románicas o germánicas. La falta, por otra parte, de fronteras estables al modo occidental ha dejado a las lenguas eslavas todavía con numerosos dialectos más o menos literarios, que forman la transición entre unas y otras, y que contribuyen a dejar borrosa la personalidad de cada una. De hecho, dos eslavos se entienden fácilmente entre sí hablando cada uno su dialecto. Tal vez sólo el checo y el polaco, a consecuencia de la fijación de acento y por influencia occidental, se diferencian más.

Las lenguas eslavas en conjunto sorprenden por su carácter oriental. Son lenguas menos rígidas, menos sujetas a orden gramatical y lógico, que las lenguas europeas tipo (francés, inglés, alemán). Por la facilidad de expresarse en metáforas y acudir al lenguaje figurado, resultan comparables al español, por ejemplo, en cuanto éste contrasta con las lenguas europeas más disciplinadas y regladas. Aparte de los préstamos orientales, palabras mongólicas y turcas, que abundan en las lenguas eslavas, el examen de algunas expresiones nos llevará a remotas, singulares, profundidades históricas.

Por ejemplo, la palabra eslava que significa "libro": *kniga*, no es sino un término asirio, *kunukku*, "sello", o *kaniku*, "lo sellado, algo sellado". Del mismo modo, el nombre ruso del perro, *sabaka*, es de origen iranio, precisamente la misma palabra, *spaka*, que Herodoto nos da como propia de los medos. Nos conformaremos con estos ejemplos, que nos remiten a plena historia antigua. No es éste el lugar de hacer listas de palabras, y nos bastará con los dos ejemplos citados para que el lector mida por sí mismo la extraña profundidad y lo remoto de las raíces eslavas en Oriente.

Acerca de la coincidencia entre el comunismo y el alma rusa, han corrido mares de tinta. Desde la orilla de los que ven en el dominio del comunismo una especie de secuestro por el demonio de un alma angelical, hasta la de los que no hallan en el bolchevismo sino la expresión del alma rusa, satánica y crüel, hay océanos de discusiones por el medio. Pero lo que es evidente es

que el marxismo, occidental pero judío, ha tocado resortes muy profundos de la cristiana alma eslava. En este sentido se justifica la genial tesis de nuestro Ramiro Ledesma Ramos, que madrugadoramente vió el carácter nacional que tenía en su fondo la revolución rusa. Me parece que después de la segunda guerra mundial, la adivinación de Ramiro (¡si se hubieran convencido otros a tiempo!) debería estar clara para todo el mundo.

Buceando en ese espejo de cada pueblo que es su lengua, tenemos bien claro en otras dos palabras el reflejo del fondo místico, comunal, cristiano, de que el comunismo ha sabido satánicamente apoderarse para sentar sus cimientos en Rusia. "Hombre" en eslavo se dice *chelovek*; los lingüistas reconocen dos elementos en esta palabra: el primero es el mismo que tenemos en la palabra celta *clan*, y significa "estirpe, tribu"; el segundo elemento aparece en otras lenguas con el sentido de "niño, hijo"; el "hombre" para los eslavos apenas es sentido como individuo, parece no ser más que el "retoño de la stirpe", el uno entre todos, pero ni siquiera separado de los demás ni individualizado en la cadena como de hormigas de las generaciones humanas. Siervo de la gleba u obrero adscrito hereditariamente a su fábrica.

Una idea universalista que late en el fondo del alma eslava nos la descubre la palabra *mir*. Empieza por significar "paz", y a partir de este sentido llega a tomar el de "mundo". Cada lengua tiene de su idea del mundo un reflejo en la palabra con que lo designa. Admiración ante el "orden", la "limpieza", el "decoro" y "perfección" nos descubren el griego *kosmos* y el latín *mundus*. El germánico (inglés *world*, alemán *Welt*) llama mundo más bien a los hombres, a la generación que lo puebla. Mas para el eslavo el mundo es "paz". Sin duda es un ideal de fraternidad cristiana, de superación de todas las diferencias y divisiones entre los hombres lo que late en esta palabra. Cuando el marxismo ha explotado esta idea cristiana para su internacionalismo, estamos seguros de que ha tocado un resorte vital del alma eslava. No es precisamente lo mismo que *mir* lo que el "proletarios del mundo, uníos" significa, pero la fórmula marxista puede muy bien presentarse a los ojos del alma creyente como una traducción moderna y eficaz de la vieja idea de un mundo hermanado y en paz.

El análisis de otro pequeño grupo de palabras eslavas nos servirá de piedra de toque para otro de los delicados puntos que nos habíamos propuesto: el de sondear las posibilidades de acercamiento entre eslavos y germanos. Pues no hay que olvidar que los conceptos políticos de occidente son los únicos que constantemente han sabido dar forma a los imprecisos ímpetus eslavos. De la misma manera que el aparato economista y técnico del marxismo es occidental puramente, occidentales son todas las palabras de los detentadores del mando: *kniaz*, "príncipe", no es sino la voz germánica correspondiente a *Koenig* o *king*, como *Zar* (en eslavo antiguo *Zesar*) es sencillamente el nombre del César romano, y *Kral* o *Karol*, que es el nombre eslavo del "rey", es el eco de las victorias de Carlomagno.

Las posibilidades técnicas, los medios de cultura todos, los han recibido los eslavos desde el Occidente. El nombre eslavo del pan está tomado del germánico, y también es germánico, o mejor dicho, griego pasado por el godo, el nombre eslavo de la "iglesia", *zerkov*, transliteración de formas semejantes a *Kirche* y *church*, que se remontan al griego *kyriakon*, casa del *Kyrios*, del Señor.

En el secular contacto de eslavos y germanos, la cultura ha sido transmitida por éstos a aquéllos. Por donde se ve que el actual rapto continuo de técnicos y obreros especialistas alemanes y su traslado al Este, no es sino una forma moderna de las antiguas algaradas eslavas, que se llevaban esclavos germanos. Y quienes hoy se lamentan tan amargamente de este robo, bien sabe Dios que no lo hacen por humanidad ni por respeto a la libertad, sino porque ven centuplicada para mañana esa misteriosa industrialización de los Urales y el Turkestán.

Y si así se verifica la germanización del Este mediante los modernos esclavos, quién sabe si la aristocracia germánica que con los Ruricos y Olafes decidió la formación de Rusia, podría tener mañana su paralelo en una crisis que puede sobrevenir bien pronto, pues es sabido que los grandes imperios a lo Gengis Khan o Tamorlán están siempre ligados a la insustituible persona que sabe mantenerlos.

Querríamos llamar la atención hacia este punto crítico. En él inside, mucho más que en esos cacareados "Estados Unidos de Europa", asociación de ratones para enfrentarlos contra dos

gigantes, el porvenir de nuestro mundo. Pero lo malo es que ninguna propaganda, ninguna prensa del mundo nos permite asomarnos a estos vertiginosos abismos donde se oculta el futuro.

Lo mismo los ambiciosos que los ciegos, juegan sobre el hecho de que a todos nos apetece ahora el reposo, después de la larga guerra. Nadie mira a lo lejos, y es de prever que si las condiciones materiales de la vida en Europa mejoraran un poco, se produciría en todo el Occidente una agradable distensión política, una verdadera relajación, en la que los "extremismos" se disolverían como en un tibio fluido, y hasta presenciáramos una engañosa resurrección del pasado. La gente volvería a gozar de la calma, la tolerancia, las buenas maneras políticas —y la tormenta, lejana en el horizonte, pasaría por el momento inadvertida—. Pero bastaría cualquier accidente, un pequeño roce, una simple chispa, para que la tormenta desbordase los cielos de color de rosa y para que, como en el Génesis, se rompiesen otra vez las cataratas del cielo.

Es verdad que la historia no se repite nunca, pero no cabe duda que la invasión actual de Europa desde el Este se parece lo más posible a la de los bárbaros en el siglo v. Otra vez a los germanos les ha tocado hallarse entre las fuerzas conservadoras del Oeste y la presión que desde el fondo del Asia empuja con una masa demográfica formidable.

Los testimonios de quienes han vivido la espantosa catástrofe de Alemania coinciden en señalar en las tropas rusas la presencia, en proporciones enormes, de gentes del interior de Asia: mongoles, tártaros, turcos. Chatos, ralos de barba, pómulos salientes, ojos oblicuos. Sin retórica ninguna al calificarlos, pero son, otra vez, los hunos. El Occidente antiguo, es decir, el Imperio romano, tuvo el acierto de aliarse con los germanos, de abrirles las puertas del Occidente, y de presentar al Este batalla unido con las fuerzas jóvenes de Germania, que en último término remozaron los decrepitos países románicos y les dieron estirpes aristocráticas y guerreras para mil años, resucitando incluso por una especie de simpatía lo que quedaba mejor en cada pueblo de las viejas estirpes indígenas. No ha sucedido así en el momento actual. No era precisamente Roma la que dirigía el Occidente. ¿Estaba más decrepito el Occidente que la Roma

de los Augústulos? ¿Había muerto ya de veras el Occidente, y su trasunto trasatlántico no se percató de lo que tenía que venir? Una fatal ceguera ha dominado a la humanidad europea desde 1938 a 1946. Y no sabemos el tiempo que durará.

Delante de una masa demográfica de peligrosísima tendencia de expansión, dotada además de una técnica sorprendente (pues no es tanto como nos cuentan lo del material americano en Rusia), encuadrada por una mentalidad dirigente que ha asimilado lo más eficaz y práctico del espíritu occidental, y rodeada además del halo senireligioso y satánico del credo universal comunista, los políticos occidentales han creado el vacío. Un vacío político absoluto, consistente en la liquidación de toda fuerza militar en Europa, en el más completo escepticismo y desesperación política de gentes que en plazos cortísimos han recorrido la gama completa de regímenes políticos, en la más espantosa miseria, depauperación y extinción de la población masculina. Si existía un empuje innato en la expansión oriental, no ha quedado, precisamente cuando su horrible peligrosidad está patente, nada que en Europa pueda resistirle. Rusia creció en tiempo de Catalina a razón de 80 km.² diarios; durante todo el siglo XIX aumentó 123 km.² por día. Los últimos zares se encontraron con que las fronteras eran ya bastante sólidas, y hubieron de detenerse. Los primeros veinticinco años de bolchevismo significaron un aparente retroceso, si bien la licuación del Imperio Chino ofrecía en el Este buenas compensaciones. Pero ahora, este ímpetu de expansión que Rusia encauza y dirige no encuentra nada en su camino. La única esperanza que se nos quiere ofrecer es una problemática cruzada, en la que lo que no terminamos de ver por ninguna parte es la cruz.

Verdaderamente se han coronado de gloria los políticos que repetían la cantinela, triunfante al fin (*sic vos non vobis*), de la rendición sin condiciones. Es verdad que mister Churchill pudo ir a fumarse unos de sus famosos y envidiados puros sentado en las ruinas de la Cancillería de Berlín, pero está resultando éste un capricho caro, como los mismos electores ingleses se apresuraron a comprender, con ese oscuro pero razonable instinto multitudinario. El belicoso caballero comenzó entonces una inquieta peregrinación, con unas intenciones de cruzada que no son precisamente las de Pedro el Ermitaño. Un día pide la

alianza perpetua angloamericana, y al otro propugna en Zurich la confederación de las ruinas de Europa.

Mientras tanto, la tormenta cubre el cielo del Este, y las nubes del naciente tienen un horrible color de sangre.

Los países que actúan de modo decisivo en la historia van guiados por una especie de instinto que es más previsor que ninguna consideración racional. Así, Inglaterra colocando los jalones de su imperio, y, por ejemplo, poniendo pie en Gibraltar un siglo antes que en Malta y casi dos antes de que el Mediterráneo fuera el camino de la India. Así España extendiéndose por América con toda rapidez y decisión, y explorando Oceanía como un complemento del nuevo Continente, que quedaba así unificado y con una defensa en todas direcciones. Así, ya más en nuestro tiempo, los Estados Unidos, corriéndose primero hacia el Oeste y procurando dominar luego con el dinero y la diplomacia a todo un hemisferio y parte de otro. Y así Rusia también, y por cierto que su expansión es, a diferencia de la norteamericana, una incorporación. Norteamérica extirpó a los indios de su suelo, mientras que Rusia se ha asimilado las poco agradables razas de ese inagotable vivero de humanos que es el Asia.

La misma organización económica del Estado comunista se funda en una distribución de la riqueza producida que no hace ciertamente una vida feliz para la masa de gobernados, pero que significa una fuerza incalculable en la máquina estatal, que a este precio puede hasta permitirse el lujo de ser torpe y lenta, pues aun así es de una eficacia atroz. Los economistas cuentan que si se estudia el desarrollo de la economía rusa en los años 1913 a 1938, se llega al dato estadístico de que se desarrolló en ese período hasta el séptuplo la producción de bienes de producción, mientras que sólo se desarrolló en un doble la de bienes de consumo. Esto quiere decir en términos vulgares que los seres que están incluidos en semejante mecanismo económico viven como esclavos que trabajan para un amo rico. Ese ha sido el secreto de la economía de guerra rusa.

Llegamos al fin de estas consideraciones y para terminar volvemos al principio de ellas. La situación es para asustarse, pero no es para que se nos pase el susto pensando que bastará con agarrarse del brazo del atlético bueno de las películas, que en este film tiene el secreto de la bomba atómica.

Yo no sé, desde luego, lo que hay que hacer, y si lo supiera me apresuraría a predicarlo a gritos por las calles. En estas líneas quería nada más proclamar que de una radical desesperanza, de encontrarnos solos en el mundo con nuestras razones, vendrá la salvación. Perdónese me estas vaguedades tan poco políticas, pero como no tengo grandes responsabilidades, puedo permitirme el lujo de decir lo que pienso.

Las circunstancias no se caracterizan precisamente por su claridad, y además, como empezábamos diciendo, nadie en este mundo sublunar merece antes de morir el título de bueno, de generoso protector de débiles y de redivivo Don Quijote de la humanidad.

Si no nos creemos los cuentos que se nos repiten, ya tenemos la mitad del camino de la salvación andado, con aumentar un poco la confianza en nosotros mismos.

ANTONIO TOVAR.



MUNDO HISPÁNICO

